

Notas y Documentos

Celebración del día de la Univertidad

El Lunes 10 de mayo tuvo lugar la celebración del Día de la Universidad con una ceremonia académica en el Teatro de la Institución, con asistencia del señor Rector y actual Ministro de Educación, señor Enrique Molina y de las autoridades civiles, militares, navales y eclesiásticas de la provincia.

Se incluyeron también algunos números de música ejecutados por un conjunto que dirigió el profesor señor Raúl Rivero Pulgar.

Como es tradicional, en esta oportunidad se procedió a la distribución de los premios anuales a los alumnos más distinguidos de las diversas Facultades Universitarias.

En representación de la Universidad habló el profesor de la Escuela de Medicina, Dr. Ivar Hermansen Pereira y en nombre de los alumnos el egresado de la Escuela de Ciencias Jurídicas y Sociales, agraciado con el Premio Universidad, señor Juan Arellano Alarcón. Ambos oradores se refirieron a la obra realizada por la Universidad a través de sus veintinueve años de vida abundando en elogiosos conceptos para las autoridades de este Instituto, especialmente para su Rector señor Molina.

Los alumnos premiados fueron los siguientes:

Obtuvieron el Premio Universidad, que se otorga al mejor egresado de cada Escuela Universitaria, los señores:

Juan Arellano Alarcón, Escuela de Ciencias Jurídicas y Sociales.

Guillermo Daneck Costa, Escuela de Odontología.

Señorita Irma Rojas Maturana, Curso de Inglés de la Escuela de Educación.

Señorita Zoila Merello Campodónico, Curso de Castellano de la Escuela de Educación.

Señorita Frida Alvarez Seguel, Curso de Francés de la Escuela de Educación.

Señorita Agustina Ruiz Jorquera, Escuela de Química y Farmacia.

Jorge Hausmann Classing, Escuela de la Medicina.

Otto Weinert Sayfarth, Premio «Colegio Farmacéutico».

Otto Weinert Sayfarth, Premio «Laboratorios Recalcine».

DISCURSO DEL ALUMNO PREMIADO SEÑOR JUAN ARELLANO ALARCON

Señor Rector de la Universidad y Ministro de Educación; autoridades civiles, militares y eclesiásticas; señores profesores; señoras y señores; compañeros:

Es, para el que habla, un alto honor representar a los egresados de las diferentes Escuelas Universitarias. Es un alto honor representarlos en esta oportunidad solemne. Tanto más solemne, cuanto se celebra el día de esta Casa de Estudios, ocasión también en que se entregan los premios que ella otorga anualmente. Y solemne, además, porque para los estudiantes que los recibimos, es la coronación de una etapa de esfuerzo y de trabajo, de entusiasta y alegre emulación. Más aún, para los egresados, para los alumnos premiados a quienes represento, es la terminación de la vida estudiantil propiamente tal; de aquella vida despreocupada y alegre, impetuosa y generosa a la vez,

considerada la más bella, la más desinteresada, la más espontánea y optimista, rebosante de impulsos nobles y generosos.

Hemos llegado a este período que observábamos tan lejano al iniciar nuestra carreras. Ayer éramos alumnos; uno de tantos en las listas de cursos. Hoy, no vemos agraciados con la más alta distinción que la Universidad penquista otorga a quienes, con mayores o menores méritos, han terminado sus estudios. Hemos obtenido los premios correspondientes a las diversas Escuelas, asignaturas o laboratorios con la aquiescencia de los que fueron y seguirán siendo nuestros maestros. Para ellos, nuestros más sinceros agradecimientos. Con su ayuda y sus consejos hemos terminado esta etapa agradable por demás. Su significado: símbolo del triunfo, corona de laurel, amplio estímulo que apreciamos y agradecemos en su verdadero y gran valor; porque ello nos demuestra que, además de la íntima y muy personal satisfacción del deber cumplido, también existe aquello que hace a los hombres sentirse mejores, a la juventud más activa, entusiasta y optimista, con mayores bríos para emprender la marcha por la vida puestos los ojos siempre en un ideal de perfección.

Año a año la Universidad entrega estos honores; ayuda con su estímulo. Entre nuestros compañeros los hubo muchos que con toda justicia pudieron obtenerlos y con los mismos o mayores méritos. Nos cupo en suerte ser los designados. Deseamos que en nosotros sólo se vea un símbolo del esfuerzo común del cuerpo de estudiantes que forman el alma de la Universidad. De aquello que juntos hemos compartido las alegrías y las penas, los triunfos y los fracasos estudiantiles; en una palabra: de toda la juventud universitaria.

Queremos dejar constancia, de nuestros agradecimientos a los profesores que durante nuestro paso por esta Casa de Estudios nos brindaron sus lecciones, nos dieron los principios necesarios de ética profesional, de sentido humano de las cosas. A todos, a la Universidad de Concepción que representa el esfuerzo y la intuición maravillosa del egregio grupo de hombres

que la creó para bien de la región y de la Patria. A la Universidad de Concepción que atrae a la juventud estudiosa de todo el país y de América, de todas las creencias y de todas las clases y condiciones.

Muy breve fué nuestro paso por las aulas universitarias. Pero aunque corta nuestra estada, hemos aprendido a comprenderla y a apreciarla. Y porque hemos comprendido el rol que la Universidad de Concepción está llamada a desempeñar en la zona sur y central del país y en la cultura nacional, queremos verla levantarse serena y magnífica, baluarte del pensamiento y de la ciencia; inquebrantable en sus principios, guía y orientadora de la juventud.

Las Universidades son centros culturales por antonomasia, y como tales, con fines específicos clara y determinadamente señalados. Deben formar al hombre integral, ampliando sus aspiraciones, destacando sus valores; formar profesionales no olvidando los principios básicos que informan las diversas y variadas profesiones. Ya lo dijo Alfredo Palacios: «en las Universidades argentinas, haremos técnicos cada vez más sabios, pero cada vez más hombres; les infundiremos la calidad de la hombría, el sentido de la vida, la capacidad de convivencia, la dignidad del ser humano, sin lo cual la técnica se convierte en explosivo en las manos de un niño. Es nuestra misión forjar el alma del hombre dándole un ideal». Las Universidades son los viveros de hombres dirigentes y de hombres de ciencia.

La investigación científica, palanca que impulsa el acrecentamiento de la cultura, vuelve ahora por sus fueros en los Institutos Universitarios. Olvidada durante un tiempo, se abre camino a través de la creación de seminarios, laboratorios, bibliotecas, etc. Nuestra Universidad no ha quedado ajena a este afán de superación. Buen ejemplo de ello, los trabajos y memorias que anualmente se aprueban y que son reflejo fiel de nuestras posibilidades. Sólo falta atizar este espíritu de investigación tan desarrollado en otros pueblos y otros continentes, para que

nosotros los latinoamericanos podemos contar con grandes hombres en el campo de las ciencias. Sólo falta que la Universidad siga organizando y prefiriendo sus laboratorios y seminarios para desterrar definitivamente aquel concepto de que «nuestra enseñanza universitaria está admirablemente organizada para realizar el doble propósito de formar hombres de profesión e impedir que se formen hombres de ciencia». Porque uno de los fines de la Universidad no es tanto abarcar en una enseñanza universal la totalidad de los conocimientos humanos, cuanto ensanchar constantemente el círculo del saber y de las investigaciones científicas; no eliminar las doctrinas hipotéticas o discutibles, sino activar la discusión, la duda, el afán de encontrar nuevos derroteros.

Si la Universidad es el laboratorio donde se preparan buenos profesionales y mejores hombres de ciencia. Si es el faro que irradia las luces de la cultura. Si es el centro y la cúspide indiscutible hacia la cual se elevan las miradas de la Humanidad buscando apoyo en sus días aciagos, o para compartir sus alegrías en los venturosos, necesario es que capte la realidad social del momento para que sea, por derecho propio, la lámpara que señale el camino. Como templo del saber, a la Universidad le corresponde tomar parte activa en el desarrollo de la vida nacional, determinando, dentro de lo posible, el curso de los acontecimientos. Debe penetrar en las diversas capas de la sociedad enseñando y despertando la conciencia de los hombres ante hechos y situaciones que bien pueden escapar a su comprensión a tener de ellos un concepto errado o confuso. Dondequiera que surja un problema, atento y pronto el buen consejo, la orientación precisa, la ayuda sincera, bien intencionada y efectiva. En esta forma hará sentir su influencia que por la calidad de sus componentes le corresponde. Ejercerá un derecho y al mismo tiempo cumplirá un deber. El deber del que cuenta con los atributos de la cultura y del saber para ayudar a quienes carecen de estos privilegios. Así será respetada, grande y presti-

giada. Hace ya más de medio siglo, Valentín Letelier el eminente filósofo decía: «no se extrañe, que donde las Universidades no siguen la misma conducta refiriéndose al papel que les ha cabido a las Universidades alemanas—que donde se muestran indiferentes a las más profundas agitaciones de la vida nacional, vivan reducidas a la condición subalterna de simples oficinas administrativas sin influencia social». Y agregaba: «los pueblos y los hombres pagan el amor con el amor, la indiferencia con la indiferencia; y no tendrán por qué rodear de prestigio y afecto a una institución que, ignorante de sus propios fines, no ha hecho nunca nada por guiar el espíritu público ni ha prestado jamás su concurso activo para resolver los grandes problemas que han preocupado al intelecto nacional».

No es éste el caso de nuestra Universidad, y la llamamos nuestra porque nos sentimos parte integrante de ella. No en vano su prestigio ha rebalsado los límites de nuestro país. No en vano en sus laboratorios se realizan experiencias para el mejor aprovechamiento de nuestras riquezas potenciales. Y no en vano también, ha dado al país eminentes hombres públicos llamados en repetidas ocasiones a compartir responsabilidades en el Gobierno. Sin embargo, y con el único propósito de contribuir en parte, de retribuir en mínima parte lo mucho que de ella hemos recibido, creemos necesario recordar el pensamiento siempre nuevo y oportuno del grande y a veces olvidado maestro que citamos.

Porque queremos a la Universidad de Concepción, Porque ha sido nuestra maestra, nuestra madre espiritual, manifestamos nuestros más vivos deseos de verla aún más grande y respetable. La deseamos interviniendo en forma activa y eficiente en los problemas que a la región y al país interesan; extendiendo su radio de acción bienhechora no sólo a quienes llegan hasta sus aulas, sino hasta aquéllos que por diversas circunstancias no gozan de este gran privilegio.

Deseamos que la Universidad de Concepción sea la rectora efectiva del pensamiento, antorcha y guía indiscutida de las juventudes.

Señoras y señores:

En representación de los alumnos que ahora hemos sido distinguidos con los premios que otorga la Universidad, agradezco con la sincera emoción de quien siente profundamente un gran cariño por esta Casa de Estudios. Y formulo votos porque cada aniversario la vea floreciente; preocupada por el progreso de la cultura; por el bienestar de sus alumnos; amplia y abierta siempre a las sugerencias de la juventud, para que así, amalgamadas juventud y experiencia, ímpetu y cordura, se haga de ella el gran laboratorio de donde surja una chilenidad fuerte y organizada, culta y emprendedora.

DISCURSO DEL PROFESOR DR. IVAR HERMANSEN P.

Señor Rector de la Universidad de Concepción y Ministro de Educación Pública, señor Intendente, autoridades civiles, militares y eclesiásticas, señoras y señores:

Un hombre de figura alta y enjuta, cuando recién el tiempo ponía toques blancos en su cabellera, cual moderno Quijote levantó los ojos de sus libros de filosofía y emprendió, sin más armadura que su temple espiritual, la conquista del ambiente para formar una Universidad. Cuantas veces Sancho opuso a éste entusiasmo sus inconvenientes materiales y sus sátiras mal intencionadas; pero la iluminación de su espíritu venció los molinos de vientos de la indiferencia colectiva y logró dar forma y alma al motivo de sus preocupaciones. Es así como Don Enrique Molina, ungido caballero en esta empresa, logró dar fin a

sus desvelos en un día de enero de 1919 en unión de un grupo de visionarios entre los que se destacan el Dr. Virginio Gómez, Don Augusto Rivera Parga, Don Julio Parada Benavente, Don Edmundo Larenas y Don Esteban Iturra.

Mis recuerdos se remontan al día en que ingresé a la Escuela de Medicina en el año 1925. Desde aquellos años a esta fecha cuantos cambios he visto, unos buenos y otros que nos hacen añorar el pasado.

Todo ha cambiado. Ya no existe en «La Toma» el antiguo pabellón de Anatomía, ni está más su mayordomo. No están los sitios eriazos, ni las cercas, y sólo se ven restos del antiguo Hospital que miran atónitos los avances del progreso: como ha surgido en un jardín de ensueños una ciudad de leyendas con sus claros edificios, templos del saber, en que se reúnen maestros y discípulos ansiosos de estudio y superación.

A través de nuestros ojos nublados de emoción vemos el recuerdo vívido de nuestros modestos comienzos. Las vicisitudes materiales, la lluvia torrencial, las inundaciones que nos aislaban, la neblina espesa que nos acompañaba cuando, el deber cumplido, regresábamos felices a nuestras casas.

Ya no cobija más a médicos y farmacéuticos la antigua casa de la calle O'Higgins, donde tanto aprendimos, y en cuyos rincones quedaron grabadas tantas alegrías y emociones. Tampoco hay bullicio en la casona de la calle San Martín que cobijara a los dentistas, ni hay emoción ni movimiento en la casa de Tucapel en la que los estudiantes de Pedagogía pasaron las angustias de un examen de latín.

Los estudiantes han emprendido el éxodo al nuevo Barrio Universitario y su alegría y bullicio se pasea por las avenidas que delineara Brunner, avenidas que los reciben jubilosos en Otoño con su sol amarillo y el canto de sus hojas arrastradas por el viento los despide en Verano con su verdor y sus flores.

Aquí los estudiantes encuentran un marco apropiado a su inquietud intelectual, el reposo, la contemplación de lo bello sa-

biamente dispuesto predisponen el espíritu a la meditación y al estudio, y al levantar la vista aparece el Campanil, que recordado sobre el azul del cielo y el verdór del Caracol, parece indicar a todos rectitud y superación, como un inmenso dedo que señalara más arriba.

Los Institutos, con sus salas claras de amplios ventanales que invitan a mirar el horizonte, acogen con confort a los estudiantes. Los Laboratorios y Bibliotecas esperan las visitas de los ansiosos de aprender, y allá en el extremo un templo del deporte levanta sus banderolas olímpicas incitando a la competencia del músculo y de la destreza para mantener una mente sana en un cuerpo sano.

Los estudiantes que recién ingresan a las Aulas llegan con un deseo de superación y estudio atraídos por una fuerte vocación a la disciplina que han escogido. En largas noches de cavilaciones han pesado las ventajas y desventajas de su elección, han consultado sus íntimos deseos y luego decidieron sobre su porvenir.

Estos alumnos llegan puros, llenos de entusiasmo a beber en la fuente Universitaria los conocimientos que los capacitarán para la lucha profesional. Su único pensamiento será poner en sus estudios todo su esfuerzo y voluntad conservar su mente ágil y alerta para captar el progreso técnico y científico vertido por sus maestros. De ninguna manera podrán considerar las diversas asignaturas como vallas que impiden la obtención fácil de un título profesional.—lo que es una manera muy triste de mirar los programas Universitarios—sino ver en ellas la satisfacción de un ansia espiritual que en la juventud debe ser permanente. De nada servirá la obtención fácil de un título Universitario cuando nuestra autocrítica nos diga secamente que no lo merecemos. Peor será el choque con la realidad que no perdona, y entonces, ya muy tarde, recordarán el lema que tantas veces leyeron: «Sin verdad y esfuerzo no hay progreso».

Los alumnos deben sentir el orgullo de ser estudiantes y el

orgullo de su Universidad. Para sentir este orgullo no es necesario tener lo mejor, sino sentir cariño, agradecimiento por este conjunto de Institutos que representan el esfuerzo, la bondad y el desprendimiento de un grupo de hombres visionarios enamorados del progreso de las juventudes.

Cuando recordamos los humildes comienzos de esta Universidad y vemos la realidad presente, no podemos menos que sentirnos satisfechos. Progreso intelectual, progreso material, prestigio, han seguido una escala ascendente. Naturalmente que estamos lejos de pensar que hemos llegado al fin deseado, pero también quiero recordar que con mucho menos que hoy día, durante veinticinco años se ha dado instrucción superior a miles de profesionales que trabajan agradecidos a lo largo del país.

Algunas de las viejas Universidades Europeas y Norteamericanas deben su prestigio y nombradía al mérito excepcional de uno o dos profesores que han trabajado en ella, lo que quiere decir que no es posible esperar siempre que todo el cuerpo docente de una Universidad sea de un brillo extraordinario.

La labor de formación del personal docente es larga e ingrata. Sólo excepcionalmente se dan casos de alumnos que desde temprano se han distinguido por su interés por la investigación, contracción al trabajo, tenacidad e inteligencia excepcional. Así ha ocurrido por ejemplo con nuestro brillante profesor de fisiología, y estos profesores salidos de nuestros propios alumnos serán los más capaces de corregir todo lo que en su vida de estudiantes les pareció que podía mejorarse.

El maestro asiste a la marcha de muchas generaciones y es el encargado de pulir sus almas en el concepto del deber, de la ontología, el encargado de desbrozar sus inteligencias, abrir los surcos y sembrar esperanzado las semillas del saber. Las juventudes pasan, el maestro queda sembrando siempre.

En hermosas palabras César Bunster en su Homenaje al Maestro ha dicho: «al maestro corresponde en la sociedad un sitio de privilegio. Es un prócer que está junto a las más altas

dignidades, codo a codo con todos los que llevan en sí destinos humanos. No olvidéis que el maestro debe ser venerado. Qué se lave para siempre el oprobio de la antigüedad, que lo conoció en la esclavitud, y el de la Edad Media, que lo conoció siervo. Tened siempre para él, en vuestros pechos, un pedestal en el cual se alce el maestro como hombre libre, y como el más generoso de los trabajadores. No olvidéis que el hace mil veces una dulce y penosa excursión por nuestras almas, que se asoma amorosamente a vuestras inteligencias, que elige todos los caminos hasta dar con el más bello para vosotros».

Este respeto y amor por el maestro es inmemorial en la escuela médica y se encuentra contenido en el famoso juramento hipocrático al declarar el alumno que: «a aquel quién me enseñó este arte, le estimaré lo mismo que mis padres; el participará de mi mantenimiento y si lo desea participará de mis bienes». No se trata sino del reconocimiento de la deuda que contrae el alumno al recibir de su maestro su vida entera hecha experiencia y los conocimientos acumulados a través de largos años de estudios.

La labor universitaria es difícil y exige de parte de quien hace las clases gran dedicación y sacrificio; dedicación porque no se termina nunca de aprender, ser estudiante eterno, estar al día en las publicaciones y revistas, aprender idiomas para leer en la fuente original los artículos extranjeros, tener intercambio con los profesores de ramos afines, hacer viajes al extranjero para ver de cerca lo que se leyó en los libros y revistas; y sacrificio porque hay que sacrificar horas de sueño y días de descanso en estudiar y preparar las clases.

Pero esta labor Universitaria no es unilateral. También los alumnos tienen su parte en ella y deben corresponder al sacrificio de su profesor con lealtad, respeto, estudio y cooperación. Si este equilibrio profesor-alumnado se rompe, ya no hay posibilidad de hacer labor Universitaria.

No es posible sólo dar los conocimientos, no se puede dar el pan espiritual a quien lo pide sin mayor alcance: el pan espiritual hay que compartirlo. Pero para compartir este pan espiritual es necesario que el que lo recibe produzca al que lo da sentimientos de amistad, de sinceridad, de simpatía; sólo en ese caso se producirá la comunión espiritual que estimula a maestros y alumnos a una mutua perfección. ¿De qué manera se podría cumplir el juramento Hipocrático de enseñar por precepto, por discurso y en todas las formas a mis hijos, a los hijos del que me enseñó a mí y a los discípulos unidos por juramento, si uno siente la distancia, el frío y la ironía en los alumnos que nos oyen?

Los conocimientos transmitidos fríamente, sin amor a lo que se enseña y a quien se enseña, no dejan satisfecho a nadie. Debe haber alma y pasión, vehemencia a ratos, para transmitir la inquietud y la sinceridad de nuestros deseos de superación.

El trabajo de investigación cumple mejor estos requisitos. Quien lo ha probado sabe como acapara nuestra actividad y pensamiento y como la ansiedad, el éxito o el desengaño, es compartido con igual intensidad por los distintos colaboradores.

Aparte de esta labor docente, la Universidad tiene el papel de dirigir y orientar. Desde la tribuna universitaria proyecta cultura y experiencia, y por intermedio de sus alumnos llega a todas partes sembrando esta simiente en terreno fértil.

La Universidad espera que el temple moral y el elevado grado de cultura de sus alumnos influyan en el medio ambiente y que cuando ellos lleguen a tener una actuación destacada, lo hagan con rectitud, honestidad, preparación y ansias de progreso. Quien se ha criado en un ambiente austero, disciplinado, contagiado de deseos de superación, será un buen ciudadano, digno hijo espiritual de su Alma Mater.

Desgraciadamente los ex-alumnos universitarios son en general los hijos pródigos. Al abandonar las aulas pierden contacto con nuestra Universidad. Más adelante los azares de la vida los llevan a distintas regiones y los separan más aún. Poco

a poco la unión espiritual a su Alma Mater se esfuma y languidece.

Yo creo que esta fuerza espiritual que representan los ex-alumnos es uno de los mayores valores de una Universidad. Nadie más capaces que ellos para insinuar un cambio o rectificar un error-juicio hecho con premura.

Habrá que promover un movimiento para que esta fuerza espiritual se haga presente. La necesitamos para respaldar y mejorar nuestra actividad universitaria. No es posible que sean siempre los mismos los que trabajen, hay necesidad de gente nueva que reciba esta herencia del saber y la acreciente. Cada universitario tiene la obligación de devolver a la sociedad parte del acervo de conocimientos que con tanta generosidad le fué dado, sólo de esta manera habrá saldado en parte la deuda contraída.

Nuestra labor universitaria sigue en algunos aspectos el antiguo concepto alemán según el cual la labor característica de la Universidad es la investigación. Conforme a esta idea se ha contratado a distinguidos profesores extranjeros y nacionales que laboran con gran brillo en sus Institutos.

Sin embargo hoy día el concepto de la labor universitaria ha cambiado y se espera de ella que no sólo produzcan conocimientos sino que intervenga en el estudio de los factores fundamentales que rigen la vida del individuo mismo y de la sociedad.

La labor de la investigación aislada es importante y necesaria, pero es estéril si no se relaciona con el resto del trabajo y es útil a la mayor cantidad de personas. Por este motivo soy partidario que los distintos Institutos compartan sus conocimientos e investigaciones con los organismos encargados de hacerlos llegar al público, que siempre espera ansioso, y permitir así un mayor beneficio social.

Los grandes descubrimientos químicos, bacteriológicos, de ingeniería, etc. o los avances ideológicos, de poco habrían servido si hubieran quedado estacionados en su fuente original.

Vivimos en una época muy rápida en que cada nuevo estudio amenaza dejar anticuado lo que sólo ayer era una novedad. Debemos estar preparados para estos cambios vertiginosos y la Universidad, orientadora eterna, debe ser la primera en captar esta nueva modalidad. Es por esto que la concepción del funcionamiento universitario debe ser dirigida a una entrega rápida, amplia y generosa de la experiencia acumulada para bien de cada uno y de la sociedad en general.

Las revistas y boletines universitarios cumplen este objetivo, en ellos van al encuentro del estudioso todo lo que hay de interesante en terreno propio y ajeno. Trabajos originales, memorias, recopilaciones encuentran en sus páginas el lugar adecuado. La continuidad de ellos, su difusión y prestigio es honra para quienes se desvelan en su materialización.

Este año vemos con especial complacencia los que pertenecemos a la Escuela de Medicina como ha empezado a levantarse su nuevo edificio. La Escuela de Medicina ha llegado atrasada a su cita en el Barrio Universitario como una moderna Cenicienta, cuando sus hermanas estaban ya hace muchos años de gala. En este edificio funcionará la Dirección de la escuela y permitirá centralizar los Institutos que completan los estudios médicos. Aquí, en el lugar que le corresponde, mirando al Hospital Clínico y sirviendo de pórtico a la Ciudad Universitaria se alzarán las líneas diseñadas por Buddenberg y González como un merecido premio a quienes, sin techo propio, trabajaron intensamente durante veinticuatro años en lugares diversos dando instrucción a los hijos de Esculapio.

Ha coincidido esto con la reciente creación del primer semestre del 6.º año de la Escuela de Medicina. Esta creación hecha sin mayor costo para la Universidad honra a los profesores encargados del curso y atestigua el cariño que tienen a los estudiantes que durante dos años en cada ciclo comparten las esperanzas y las angustias de la labor hospitalaria. Gracias a esta nueva disposición, los estudiantes de Medicina podrán comple-